



EL ROTO Y CHUMY CHÚMEZ



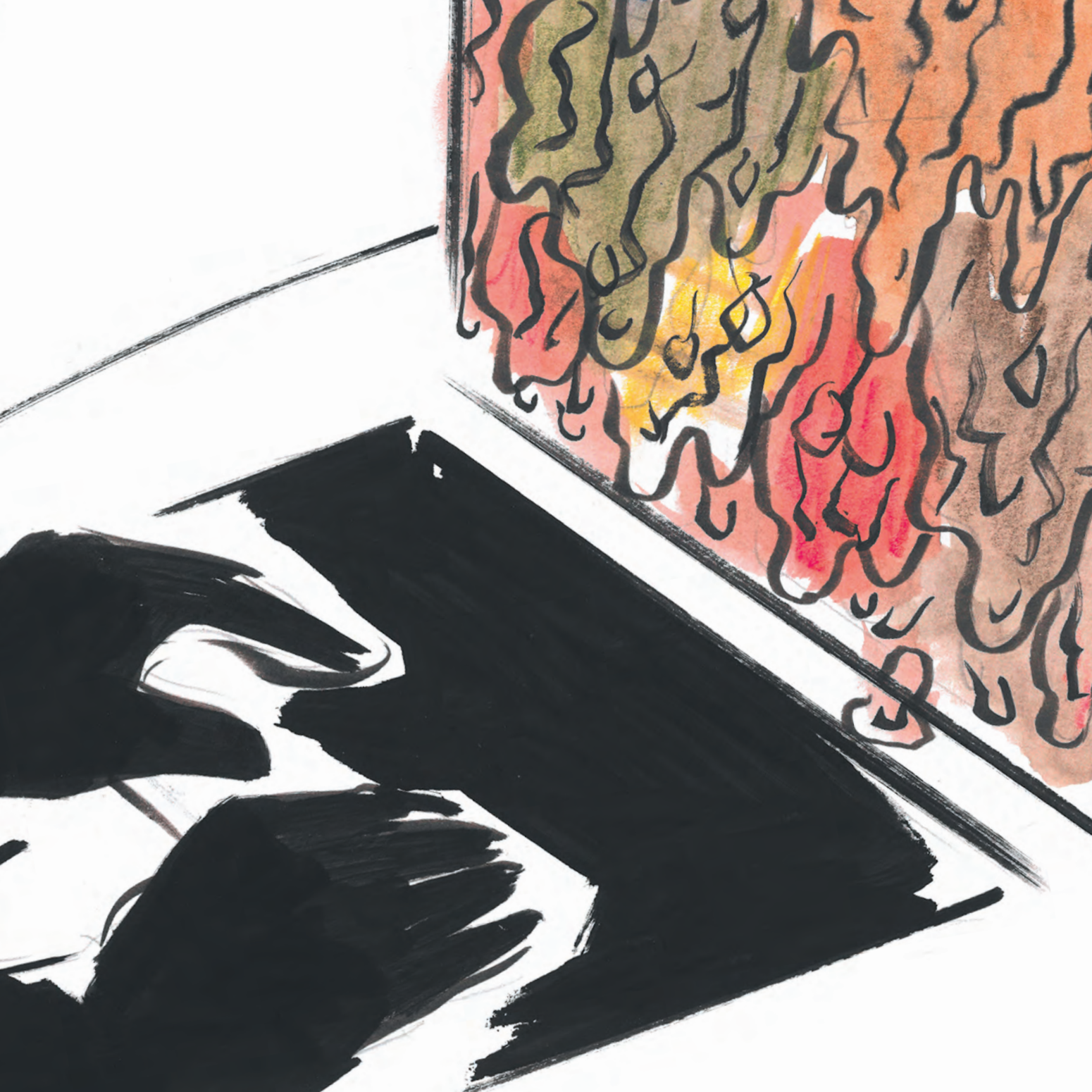
EL ROTO Y CHUMY CHÚMEZ

SOBRE LA LIBERTAD DE EXPRESIÓN

Fundación Diario
Madrid 

Asociación de Periodistas  Europeos





SOBRE LA LIBERTAD DE EXPRESIÓN recoge en 56 viñetas las visiones incisivas y complementarias que El Roto y Chumy Chúmez, dos de los mejores humoristas gráficos de nuestra historia, realizan sobre el periodismo, sus usos y abusos, las manipulaciones y la falta de libertades.

Los 28 dibujos de Chumy Chúmez fueron publicados en la página 3 del diario *Madrid* entre 1967 y 1971, los de El Roto en *El País* entre 2016 y 2021. El nexo común entre todas las viñetas es la aproximación crítica e inteligente a la información y a su némesis: la propaganda. Incitan a la reflexión desde una mirada conceptual que, apoyada en la distancia crítica y el sosiego, logra superar la inmediatez de la noticia efímera y evidente e impide que la actualidad fulminante distorsione el análisis de la realidad.

Chumy Chúmez ejerció de editorialista involuntario del *Madrid* en momentos convulsos en los que la prensa debía pasar ineludiblemente el cedazo de la censura. A pesar de las dificultades, el donostiarra se mantuvo firme en la defensa de la igualdad y la libertad con las armas del humor y la ironía, satirizando cuestiones tan sensibles y arriesgadas como la propia censura o la escasez de libertades.

El Roto, por su parte, publica sus dibujos en la actualidad, cuando las libertades parecen fuera de cuestión. Sin embargo, Rábago parece considerar que éstas no se alcanzan de una vez para siempre sino que, por el contrario, permanecen expuestas al deterioro y necesitan de una constante vigilancia frente a los intentos interesados de retorcimiento que padece.

Las viñetas de ambos maestros, realizadas con cincuenta años de diferencia, se alternan ahora en una suerte de conversación que evidencia que, con el paso del tiempo, lo que varían no son los riesgos ni las tentaciones abusivas sino sus dosis y, tal vez, la impunidad con que se presentan.

La exposición forma parte del programa de actividades organizado por la Fundación Diario Madrid y la Asociación de Periodistas Europeos, gracias al patrocinio de la Secretaría de Estado de Memoria Democrática (Ministerio de la Presidencia, Relaciones con las Cortes y Memoria Democrática), para conmemorar el 50 aniversario de la orden de cierre del diario *Madrid*, decretado el 25 de noviembre de 1971. A partir de esa efeméride, estas instituciones tratan de proyectar una visión hacia el futuro, de manera que el ejemplo de la lucha por las libertades sostenida por el periodismo de entonces sirva como estímulo y ejemplo para quienes tienen la responsabilidad de ejercer la profesión periodística en la actualidad.

JUAN DE OÑATE
Comisario de la exposición



Andrés Rábago, El Roto, nació en Madrid en 1947. Durante los últimos años del franquismo y los primeros años de la Transición democrática publicó bajo el pseudónimo de OPS en *La Estafeta Literaria*, *Triunfo*, *La Codorniz*, *Cuadernos para el Diálogo*, *El Independiente* o *Ajoblanco*.

Aunque en los años setenta ya dibujara como El Roto para la revista *Hermano Lobo*, fue a partir de los ochenta cuando popularizara esa firma a través de su sátira social y política en *Diario 16*, *Cambio 16*, *Tiempo*, *El Periódico de Catalunya* y *Pueblo*. Desde 1990 publica diariamente en *El País*.

Rábago es autor de más de una veintena de libros, ha ilustrado obras como las de Manuel Vicent y ha realizado escenografías para textos de Luis Matilla y el grupo Ditirambo.

Excelso pintor, ha protagonizado numerosas exposiciones individuales y colectivas, obteniendo el reconocimiento tanto por sus pinturas como por las viñetas a través de prestigiosos galardones como el Premio Nacional de Ilustración, la Medalla de Oro al Mérito en las Bellas Artes y el Premio de Periodismo Francisco Cerecedo, otorgado por la Asociación de Periodistas Europeos.

José María González Castrillo, Chumy Chúmez, nació en San Sebastián en 1927 y falleció en Madrid en 2003. Además de estudiar dibujo y pintura se formó como profesor mercantil. Comenzó a publicar sus dibujos en los semanarios *La Codorniz* y *Triunfo*, antes de integrarse en 1967 en el diario *Madrid*, donde permaneció hasta su cierre por orden gubernativa el 25 de noviembre de 1971.

En los años de la Transición colaboró con *Cuadernos para el Diálogo*, *El Independiente*, *El Sol*, *Pueblo*, *Tele Radio*, *Sábado Gráfico*, *Mundo Diario* o *Por Favor* y fundó el semanario de humor *Hermano Lobo*.

Rodó documentales, redactó guiones cinematográficos, dirigió películas (entre otras, *Dios bendiga cada rincón de esta casa* y *¿Pero no vas a cambiar nunca Margarita?*, producidas por Manuel Summers), trabajó como tertuliano en radio y televisión y escribió, entre otras obras, *Yo fui feliz en la guerra*, *Por fin un hombre honrado* o *Pase usted sin llamar*.

Entre otros galardones, recibió el Premio Mingote, el Premio Iberoamericano de Humor Gráfico Quevedos y el Premio de Periodismo Francisco Cerecedo, que concede la Asociación de Periodistas Europeos.





10

La sátira imprescindible

por Fernando Martínez López

13

Pasen y vean, que no se lo cuenten

por Miguel Ángel Aguilar

18

Dos genios complementarios

por Manuel Vicent

21

Un hombre junto al Duero

por Miguel Ángel Gozalo

27

CATÁLOGO DE VIÑETAS

Con la exposición *Sobre la libertad de expresión* celebramos el poder de la sátira política de la mano de dos de sus maestros en nuestro país. Como constructora incesante de nuevas libertades, la sátira es tan imprescindible como el aire que respiramos. Ensancha nuestro entendimiento, cuestiona y desarticula nuestro sentido común, nos muestra las contradicciones sin fin de los mundos que vivimos, en ocasiones de manera irreflexiva, con demasiada comodidad, sin percibir sus aristas. Y lo hace en un registro de humor, muchas veces demoledor, que en ocasiones nos hace sonreír, en otras nos hiela la sonrisa, y aún en otras nos inunda de amargura.

Con la viñeta como única arma, Chumy Chúmez y El Roto añaden a la sátira una inteligencia y un ingenio insuperables a la hora de cuestionar y desafiar las épocas que les ha tocado vivir respectivamente, y que en parte se solapan, ya sea el tardofranquismo y la Transición, con todas sus contradicciones y zonas grises, o la sociedad de la información y el conocimiento, la sociedad digital en la que vivimos en la actualidad, que lo mismo nos ofrece promesas liberadoras sin fin que nos atenaza, nos apabulla y nos paraliza.

Cada época tiene sus propios dispositivos y rejas contra la libertad de expresión. Rejas que sin duda se reconfiguran y mutan con el tiempo, pero que lejos de desaparecer toman formas aún más indetectables, no por menos explícitas menos insidiosas, que tienen que ser descifradas y expuestas críticamente para evitar que los nuevos modelos de reacción, conservadurismo y defensa de los privilegios vengan disfrazados de falsas libertades.

Los que creemos en la libertad de expresión, especialmente en tiempos de mentira, crispación y desinformación sin límites, estamos en deuda permanente con humoristas de la categoría de Chumy Chúmez o El Roto. Sus viñetas son gestos políticos de un enorme poderío, con una gran

capacidad de seducción, con una sutileza que necesitamos para contrarrestar los relatos de brocha gorda y los discursos de madera que, en demasiadas ocasiones, dominan el espacio público.

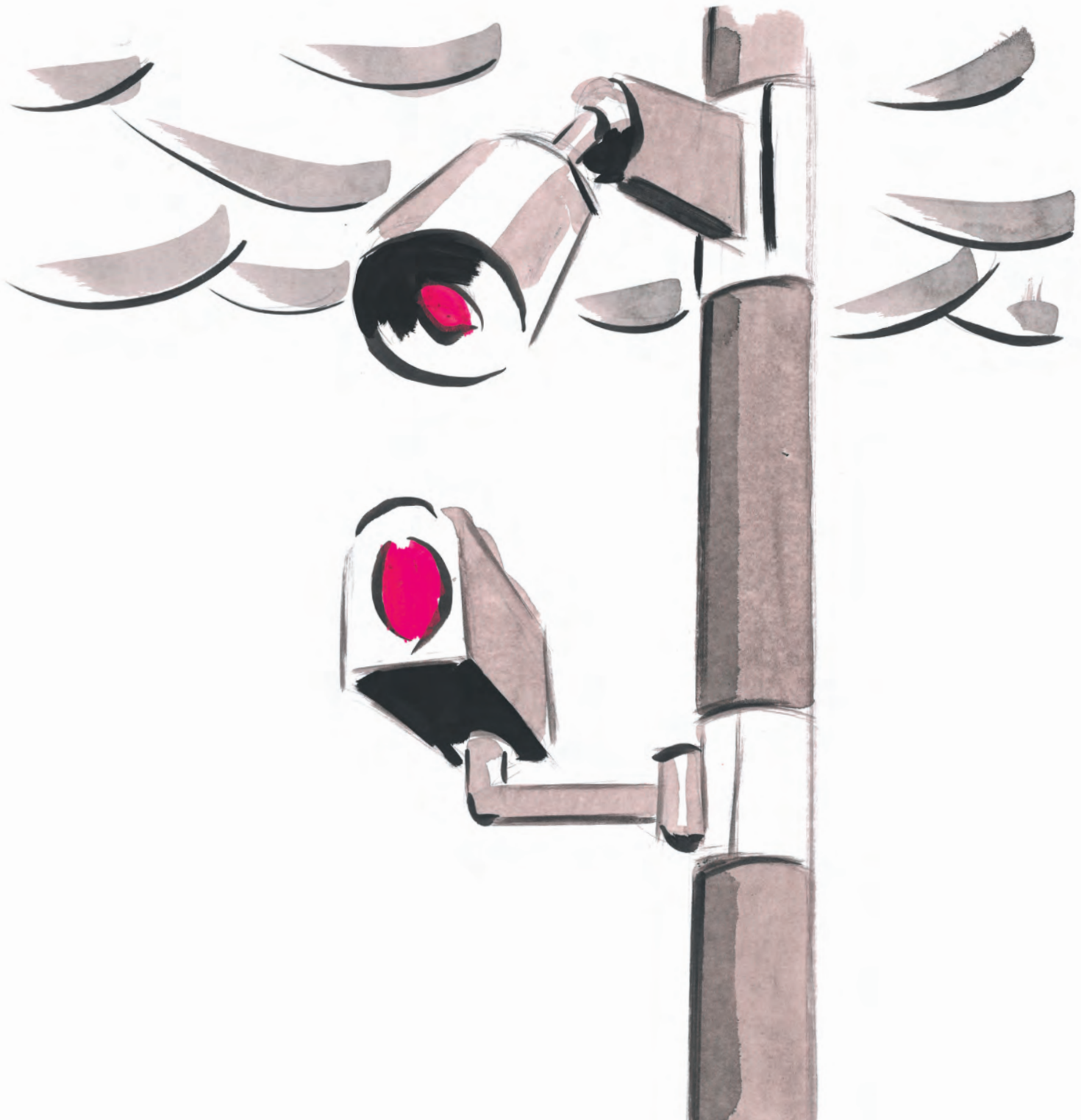
Los abismos de libertad que han construido cada uno de ellos no son gratuitos ni han llovido del cielo. Nadie se los ha regalado. No existían antes de ellos. Los han tenido que conquistar poco a poco, dibujo a dibujo, día a día, acumulando golpes de lucidez hasta componer un repertorio apabullante, como se muestra en los magníficos ejemplos que contiene este catálogo. Cada una de las viñetas es una joya que clava, desmiente y cuestiona una época, un debate, una injusticia, un modo de censura, una mentira.

Pero, es más, la conversación entre ambos dibujantes que propone esta exposición es extraordinaria porque muestra, por un lado, el estilo inimitable de cada uno de ellos y, por otro, las resonancias y afinidades conceptuales o incluso estéticas que tienen. El diseño de la exposición tensiona sus mundos irónicos al tiempo que los entrecruza y, como resultado, los enriquece (y nos enriquece) en su conjunto. El resultado es mucho más que la suma de las partes, está permanentemente abierto, y así cada lector puede construir su propia interpretación de este magnífico dueto.

Sin Chumy Chúmez y El Roto, junto con otros compañeros de su talla, nuestro mundo sería más pobre e insulso, más plano, más gris, más falso, con menos matices, incluso más triste. El 50 aniversario del cierre del diario *Madrid* en el tardofranquismo, que evoca sin duda su posterior demolición, nos permite hacer un balance optimista. A pesar de los pesares, entre las ruinas físicas, políticas y morales que nos dejan los regímenes represivos, siempre florece la inspiración, la crítica, la sátira y, por supuesto, la libertad de expresión que felizmente disfrutamos.

FERNANDO MARTÍNEZ LÓPEZ

Secretario de Estado de Memoria Democrática



Se cumplen cincuenta años de la Orden de cierre al diario *Madrid*, ejecutada el jueves 25 de noviembre de 1971. Son cincuenta nada más y, como concluyen los músicos de Mocedades en la canción que dedican a la aventura de Willy Fog de dar la vuelta al mundo en ochenta días, si vienes con nosotros, lector amigo, lo pasaremos bien recuperando algunas de las mejores viñetas de Chumy Chúmez aparecidas en la página 3 del diario *Madrid*, desde mayo de 1967 hasta su desaparición, y otras de las que cada día sigue firmando El Roto en las páginas de *El País*. Ambas colecciones se han formado buscando su incidencia en favor de la libertad de expresión, en reconocimiento de quienes la defienden y en vituperio de quienes la amenazan. Que semejante sinfonía vaya a ser interpretada a cuatro manos trae causa de que el programa de festividades de este quincuagésimo aniversario rehúsa cualquier actitud solipsista y prefiere detectar otras navegaciones valerosas de colegas, coetáneos o subsiguientes, para rendirles homenaje.

In illo tempore, asomaban los síntomas crecientes de decrepitud del general superlativo y ya se oían los cascabeles de las mulillas de arrastre que lo retirarían del ruedo pero, en voz alta, seguía sin hablarse de la muerte de Franco aunque, por lo bajini, cundieran alusiones eufemísticas, cada vez con mayor intensidad, y tomaran carta de naturaleza expresiones sustitutorias como la del «hecho biológico», que remitían a la inevitable condición mortal del Caudillo. La conversación verbalizada giraba en torno al día en que habrían de cumplirse las previsiones sucesorias fijadas en las Leyes Fundamentales. Algunos franquistas ortodoxos, a la manera de Jesús Fueyo, administraban tranquilizantes repitiendo que «después de Franco, las instituciones». Desde otro ángulo más temeroso, el conde de Foxá, *remember* su *Madrid de Corte a checa*, pronosticaba que «después de Franco, las patadas que le van a dar a Franco en nuestro culo».

Los que estaban en la pomada informaban de lipotimias sobrevenidas al Caudillo en cacerías varias, de las que daban fechas, lugares y circunstancias. A partir de ahí, para el caso de que se confirmara la naturaleza mortal de Franco, cada uno se apresuraba a dibujar el supuesto táctico que se desencadenaría pintándolo con sus colores favoritos. Por ejemplo, en las cenas de los miércoles de colaboradores y redactores del diario *Madrid* –convocadas en el Hotel París y luego en Casa Sixto–, Rafael Calvo Serer, que oficiaba de ponente principal, pronosticaba rotundo que el general Manuel Díez Alegría, jefe del Alto Estado Mayor, llamaría a Don Juan, conde de Barcelona, a Madrid para que fuera proclamado Rey. Por su parte, los Juancarlistas sostenían que sería Don Juan Carlos quien asumiría los poderes de la Jefatura del Estado porque todo indicaba, como sucedió en julio de 1969, que sería designado como sucesor a título de Rey. En cuando a los falangistas de la revolución pendiente soñaban con un regente militar que diera paso a la república, ya que José Antonio había tildado a la monarquía como institución gloriosamente fenecida.

Estábamos en 1966. Se cumplían veintisiete años del último parte de guerra y uno más, veintiocho, de la Ley de Prensa del cuñadísimo, Ramón Serrano Suñer, dictada en plena contienda como un instrumento de combate al servicio del Estado totalitario. Y en éstas llegó Manuel Fraga, un ministro mitad meritocrático, mitad falangista, mitad afín a la santa casa de los católicos colaboracionistas, mitad dado a las jornadas cinegéticas de la escopeta nacional berlanguiana. Y así fue como, queriendo explorar los alcances de la Ley de Prensa e Imprenta que el 18 de marzo de 1966 había llegado de la mano de Fraga al Boletín Oficial del Estado, sobrevinieron al diario *Madrid* expedientes sancionadores varios. El más vistoso, del 30 de mayo de 1968, supuso que fuera suspendido durante dos meses, prorrogados por otros dos, antes de que caducara el cierre temporal. Luego, dos años después del relevo de «Manoliño» por Alfredo Sánchez Bella en el Ministerio de Información y Turismo en la crisis del 29 de octubre de 1969 derivada del

caso Matesa, se dictó la Orden de cierre definitiva del periódico, sin duda, *pour encourager les autres* y disuadirles de acompañar al *Madrid, Diario de la Noche* a las tinieblas exteriores donde quedaban canceladas las inscripciones en el Registro de Empresas Periodísticas.

Vayamos a la cuestión que interesa a este catálogo. Chumy Chúmez sabía que dibujaba en el alambre. Era de la quinta del 27, venía de San Sebastián con el baldón, ni exhibido ni ocultado, de maqueto, que acabó siendo para él un título de nobleza basado en el talento que le situaba muy por encima de cualquier arrogante donostiarra. El Roto, por su parte, sabe que dibuja desafiando a la red. También que ahora la censura adopta nuevas formas más insidiosas a las que sigue siendo arriesgado enfrentarse. Chumy Chúmez, como todos los del diario *Madrid*, recibía las descargas de la censura en forma de expedientes, sanciones y cierres, hasta el definitivo del que se están cumpliendo ahora cincuenta años. El Roto, con la firma de OPS, publicaba en esos años sus dibujos, que rezumaban horror surrealista, en el semanario *Triunfo* y era ya, en definición de Juby Bustamante, una «extraña criatura que, además de un enorme talento, poseía una terrible manera de mirar la realidad». Permanecía deliberadamente ajeno a los cenáculos artísticos y literarios donde todos se encontraban, encarnado en «un muchacho muy dulce que hablaba bajito, desprendía paz y era tan tímido como afable», verdadero «volcán de furia desatada pluma en mano» y, a la vez, «lago por donde paseaban cisnes de largo cuello y elegantes formas una vez que el fuego interior había sido expulsado». Como la propia Juby resumía: «si algo hay que acredite que Andrés realmente merece un destacado puesto en la *Galería de raros contemporáneos* es esa dicotomía entre su obra y su persona, esa transformación de lobo feroz en cervatillo».

El lema de ambos: dar fe de los hechos atendiendo al ideario de Jonathan Swift de molestar a los granujas, aunque no por ello dejen de serlo. No les bastaba con sentarse delante de una hoja en blanco para crear; necesitaban de un hecho que les espolease para desencadenar su

SOBRE LA LIBERTAD DE EXPRESIÓN

creatividad. Para ellos la sátira es el arte de los contrastes y de las incoherencias. Llegados aquí, correspondería emprender una indagación sobre las viñetas de cada uno de los protagonistas, las características diferenciales del dibujo, la disposición de las leyendas que las acompañan y los reflejos ambientales que transmiten. Los giros lingüísticos alterados en el curso de cincuenta años pero, también, su vinculación al mismo compromiso en favor de las libertades, el único que de manera irrenunciable es compañero inseparable del periodismo. Pasen y vean.



En el año 1968, cuando lo conocí, Chumy Chúmez era simplemente un tipo caustico y alegre que se había convertido, a pesar suyo, en un mito de la oposición democrática, entonces aún soterrada, muda y clandestina. En la tercera página del diario *Madrid*, donde se daba al gobierno algunos pellizcos de monja con artículos más o menos crípticos y ponderados, Chumy dibujaba con trazos expresionistas y descaro provocativo a unos capitalistas con chisteras y un puro en la boca azotando obreros, señoritos montados en el lomo de su criado, jornaleros cargados con un pedrusco, prebostes con el lazo de Isabel la Católica y una querida a los pies. Uno de sus temas preferidos era arremeter contra la censura. Su arma, el sarcasmo. En la revista *Triunfo*, entre análisis de política internacional que tenían siempre una lectura crítica y sesgada de la política interior, se podía contemplar el dibujo de Chumy Chúmez de un capitalista dándole consejos a un hijo ácrata, o de un latifundista subido a los riñones de la mujer del capataz, el chafarrinón de un sádico con garrota de nudos y carcajada de lobo sindical.

Cuando el diario *Madrid* fue cerrado y demolido y sus escombros cubrieron las tímidas señales de apertura, Chumy aglutinó a su alrededor a un grupo de dibujantes y periodistas y creó *Hermano Lobo* para seguir haciéndole cosquillas a la dictadura. Chumy era el referente de un quinteto de humoristas, Forges, Summers, Perich y OPS, que después firmaría como El Roto, todos de muy alto nivel.

Pero muerto el dictador, llegó la democracia y hubo un impúdico trasvase de chaquetas, intereses e ideologías. Gente mediocre, que había hurtado el bulto en los tiempos de plomo, se hizo demócrata en diez días con inusitada vehemencia. Chumy sacó a orear su innata rebeldía. Nadie acertaba a decir si era rojo, ácrata, de izquierdas, de derechas o simplemente un anarquista

que se divertía poniendo el dedo en el ojo a cualquiera que ocupara el poder. Sus viejos admiradores no acertaban a meterlo en su casillero, pero Chumy Chúmez seguía siendo el mejor humorista español, un expresionista de rasgo instintivo, quien en plena Transición, rodeado de demócratas conversos, permanecía fiel a su talento más allá del bien y del mal, solo comprometido con su propia libertad.

Al principio, cuando Andrés Rábago se hacía llamar OPS, la dictadura impedía hablar, por eso sus dibujos eran crípticos, metafísicos, simbólicos, surrealistas y mudos. Sus imágenes insonorizadas las apacentaba Hermes, el dios del submundo indescifrable. Entonces la dictadura te obligaba a callar, pero bastaba con mirar aquella galería de dibujos sin palabras, compuesta de vómitos desmesurados en forma de banderas, de látigos, de sonrientes calaveras, aletas de tiburón que emergían de los cráneos, niños con miradas de viejo, cerebros abiertos hirviendo como una sopa, mujeres con brazos de reptil y lenguas de ahorcados, para cerciorarse de que las vísceras dibujadas por OPS eran la metáfora de la cloaca máxima que discurría fuera el cuerpo por el vientre de la historia, de la sociedad y de la política. Lo que OPS derrumbó vino después El Roto con el encargo de efectuar el desescombros bajo la atenta supervisión de Andrés Rábago, el amo y señor de la dinamita.

Cuando llegó el tiempo de la democracia en que ya se pudo hablar Rábago cedió la palabra a El Roto y este a su vez la impuso a sus personajes. Se da por sabido que se trata de un dibujante extraordinario, pero no se sabe qué es más lúcido y cruel, el dibujo o el breve texto que lo sirve y que suena siempre como un disparo. Sus personajes hablan, unas veces con sentencias inapelables, otras veces con simples estocadas o sátiras usadas como látigos. Se ha ponderado mucho el trabajo de El Roto como dibujante, pero muy pocos caen en la cuenta de que se trata

SOBRE LA LIBERTAD DE EXPRESIÓN

de un gran escritor, que se permita el lujo de dar siempre en el clavo, día tras día, sin bajar nunca la guardia ni abandonar su garita.

Chumy Chúmez y Andrés Rábago, El Roto, son dos dibujantes satíricos de talento fuera de lo común. Un mismo rasgo los define. Cada una de sus sátiras viene acompañada de un dibujo apropiado, distinto, sin el cual no podría entenderse el texto y a su vez tampoco el texto podría entenderse sin el dibujo. De hecho su extraordinaria inteligencia cáustica los hace complementarios, con la libertad agarrada por el rabo.

*La lucha del hombre contra el poder
es la de la memoria contra el olvido.*

Milan Kundera

Las tardes de otoño junto al Duero envuelven la presencia de un pasado que no se quiere ir. El río fluye manso, como un adolescente tímido que aún no ha tomado conciencia de su papel en el mundo, y avanza sereno entre los árboles. Un hombre todavía joven, con camisa blanca, sentado en la orilla, contempla el agua y los matorrales de enfrente. Ha llegado hasta aquí en bicicleta, como un Indurain maduro que por las tardes sale a hacer recados, pero, ante unas ideas que le han venido de pronto, ha decidido parar, bajarse de la máquina y apuntarlas en una pequeña libreta. Se llama Chumy Chúmez, un nombre inventado por él, maqueto de San Sebastián, en los tiempos de la mili, cuando sus compañeros de tienda, todos con ocho apellidos vascos, le exigieron una identidad castellana reconocible. Chumy entonces quería ser pintor, y aún no podía imaginar que con sus dibujos y sus chistes estaba llamado a ser uno de los mayores humoristas españoles del siglo xx. Ahora es un hombre junto al Duero, trasplantado a las tierras de Soria, donde, como un clásico, pongamos su admirado Montaigne, ha levantado su torre de marfil.

¿Cómo ha llegado hasta aquí? Haciendo lo mismo que en esta tarde machadiana de otoño: pararse a mirar el horizonte como un cazador, para llevarse a casa reflexiones, personajes, señores con sombrero de copa, obreros resignados, labriegos abatidos, «gentes que danzan o juegan / cuando pueden y laboran / sus cuatro palmos de tierra», señoritas despampanantes, pecadores de confesionario, ricos a caballo y mendigos surrealistas, marquesas a lo Serafín, dudas

metafísicas a lo OPS, toda la variada condición humana que se agita en este mundo perverso, y en el otro también.

La mención de Serafín y OPS no es casual. Serafín representa a *La Codorniz*, «la revista más audaz para el lector más inteligente», en la que, con Álvaro de Laiglesia al timón, Chumy empezó a colaborar, a partir de 1947, después de enviar, por sugerencia de su amigo Munoa, una tierna viñeta en la que aparecía un buzo con una sirena en las rodillas. Aquel buzo iba a sacar de las profundidades (es decir, del alma de aquel profesor mercantil que trabajaba en una oficina de la Seguridad Social de San Sebastián y que pretendía ser pintor) todo lo que su voracidad de lector y viajero había ido registrando hasta entonces. *La Codorniz* fue el primer paso de una carrera imparable, larga y deslumbrante, que no se quedó en el dibujo de chistes, sino que iba a abarcar otros muchos saberes y actividades.

Y OPS (Andrés Rábago) es también El Roto, y resulta de mención obligatoria porque fue uno de los colaboradores más destacados de *Hermano Lobo*, la revista innovadora fundada por Chumy en 1972, que se definía como «semanario de humor dentro de lo que cabe». *Hermano Lobo* había salido al mercado como algo distinto, como un empeño personal de un Chumy que buscó la colaboración de Manolo Summers, que era ya famoso por sus películas, El Perich, que acababa de vender medio millón de ejemplares de su libro *Autopista*, y de Gila, que seguía siendo el humorista más deslumbrante de la posguerra. Además de invitar a participar a personas que nunca se habían dedicado al humor, como Manuel Vicent, Cándido (Carlos Luis Álvarez), Francisco Umbral y Vázquez Montalbán, a los que convenció de que no solo eran grandes escritores y periodistas, sino de que eran unos tipos la mar de graciosos, si se ponían a ello. Y se pusieron.

Chumy Chúmez desplegó en la revista todo su ingenio y toda su capacidad de trabajo. «A ese breve número de colaboradores –contaría después– añadí los nombres de Forges y de OPS

que, aunque no eran entonces muy populares, mi olfato me hizo pensar que serían, cada uno en su estilo, los humoristas gráficos del futuro». Había algunos muy populares entonces. Mingote (que decía siempre que Chumy era «el mejor de todos nosotros») y Máximo, que no escatimó nunca los elogios a su talento.

A ese futuro del humor gráfico apuntaba la portada del primer número de *Hermano Lobo*, que llegó a los quioscos de prensa con el aroma de un producto diferente, muy alejado de la decadente *Codorniz*: era el dibujo de un torero con patillas y aspecto clásico, llevando como capote de paseo la bandera de los Estados Unidos. Lo firmaba OPS.

Pero entre *La Codorniz* y *Hermano Lobo* hay en la vida de Chumy (que después explotaría como una bomba de racimo dejando muestras de su talento en múltiples publicaciones, de *ABC* a *El Socialista*) una decisiva etapa en su carrera: el paso por el diario *Madrid*, de cuyo cierre arbitrario se cumplen ahora cincuenta años. Él lo contó así: «El año anterior a la decisión de fundar un semanario de humor, el diario *Madrid* –en el que yo colaboraba con cierto éxito, no por mis merecimientos, sino por la fama que tenía el periódico de ser uno de los pilares de la oposición al preagonizante franquismo al que nos habían conducido los años y la historia– falleció de muerte ilegal dejándome en la calle».

Este cincuentenario de la orden de cierre al diario *Madrid* da para múltiples reflexiones. La primera es la del *tempus fugit*, por supuesto. Es posible que veinte años no sean nada en la liturgia del tango, pero cincuenta son, en ocasiones, una vida entera, el escenario estimulante de pasiones y rutinas, de frustraciones y aventuras. Después está el hecho de concitar un poco de atención en este momento extraño y disperso que vivimos los españoles. Y, sobre todo, recordar que, a pesar de la poética pretensión de Jorge Luis Borges de que «solo una cosa no existe, el olvido», hay demasiadas cosas en la vida política que quedan arrumbadas de manera incom-

previsible. Y aún más: hay quien llega a sostener que, como el viaje a la luna, no han existido nunca.

Pero ¿se acuerda alguien de aquel periódico que ni siquiera llegó a la Tierra Prometida de la Transición democrática, aunque combatió por ella? Quienes participamos en aquella contienda (modesta, tampoco exageremos, pero que perdimos por K.O. frente al poder) no queremos que se olvide del todo lo que significó aquel vespertino instalado en una esquina de la madrileña calle de General Pardiñas (el Escorialito, lo bautizó el humorista Enrique Herreros, aludiendo a la arquitectura neoclásica del edificio que construyó su fundador, Juan Pujol) y lo que aportó a la vida española de entonces, cuando el país pugnaba por encontrar la salida a una larga dictadura. Lo había profetizado Antonio Machado, con su diagnóstico sobre las dos Españas y su invitación a escuchar los gallos de la aurora.

La metáfora de los gallos ilustra sobre lo que es un periódico, lo que es, todavía, la prensa de papel. Los periódicos son verdura de las eras (los escasos gramos que germinan efímeramente tras la trilla), como diría alguien que no los conoció, Jorge Manrique, pero que supo glosar mejor que nadie la brevedad de nuestras vidas y la trascendencia que en ellas cabe. Un periódico es bien poca cosa: unas hojas volanderas que viven un día, como algunas mariposas, pero son empujadas por el viento de la historia en la búsqueda de la verdad. En los periódicos, ya que he citado al humorista Enrique Herreros, uno de los pioneros del viñetismo crítico, y que nos precedió en el viejo diario *Madrid*, los que portan la antorcha del humor pueden decir, como Neruda de sí mismo, «soy solo la frente de los que van conmigo». Son quienes mejor resumen lo que interesa a esa fiera a veces indomable que llamamos opinión pública.

Hemos querido recordar, con una muestra mínima, pero significativa, lo que fue Chumy Chúmez para el diario *Madrid* y lo que, de alguna manera, representa uno de sus brillantes compa-

ñeros de aventuras, El Roto, heredero de su espíritu y que, por fortuna, sigue al pie del cañón. Porque de eso trata el humor: de tener un cañón al lado, aunque sin intención de dispararlo. Chumy, más veterano que El Roto, surgió al humor bajo las alas de *La Codorniz* y, aunque sufrió sus empujones, aprendió a sortear la presión de la censura. «Creo que *La Codorniz* es la cantidad de humor que cabe en España sin meterse con la política», había sentenciado José María Pemán, el pensador oficial.

El Roto llegó a tiempo de colaborar con la última *Codorniz* y compartió con Chumy las alegrías que trajo a un escenario de libertad la revista *Hermano Lobo*. En los dos, José María González Castrillo y Andrés Rábago, hay varias coincidencias esenciales. Ambos son excelentes pintores, pero han elegido el atajo para la gloria que supone llevar el humor al arte. Ambos son cultos, refinados, melómanos, ingeniosos y silenciosos cuando toca serlo.

Al diario *Madrid* se le impuso el silencio, y la tinta china de Chumy terminó su aventura de cinco años como abanderado, desde la página 3, de lo que pretendía ser aquel periódico. Siguió haciendo cosas, libros, guiones, películas y un larguísimo etcétera. Pero algunos días era solo un hombre junto al Duero, que pensaba en Kafka, en Marcel Proust, en los presocráticos y en Freud y su psicoanálisis, en todo lo que era capaz de abarcar su mirada inquisitiva. Cuando murió, con 75 años, había conseguido lo que los más grandes: dejarnos hartos de consuelo su memoria.

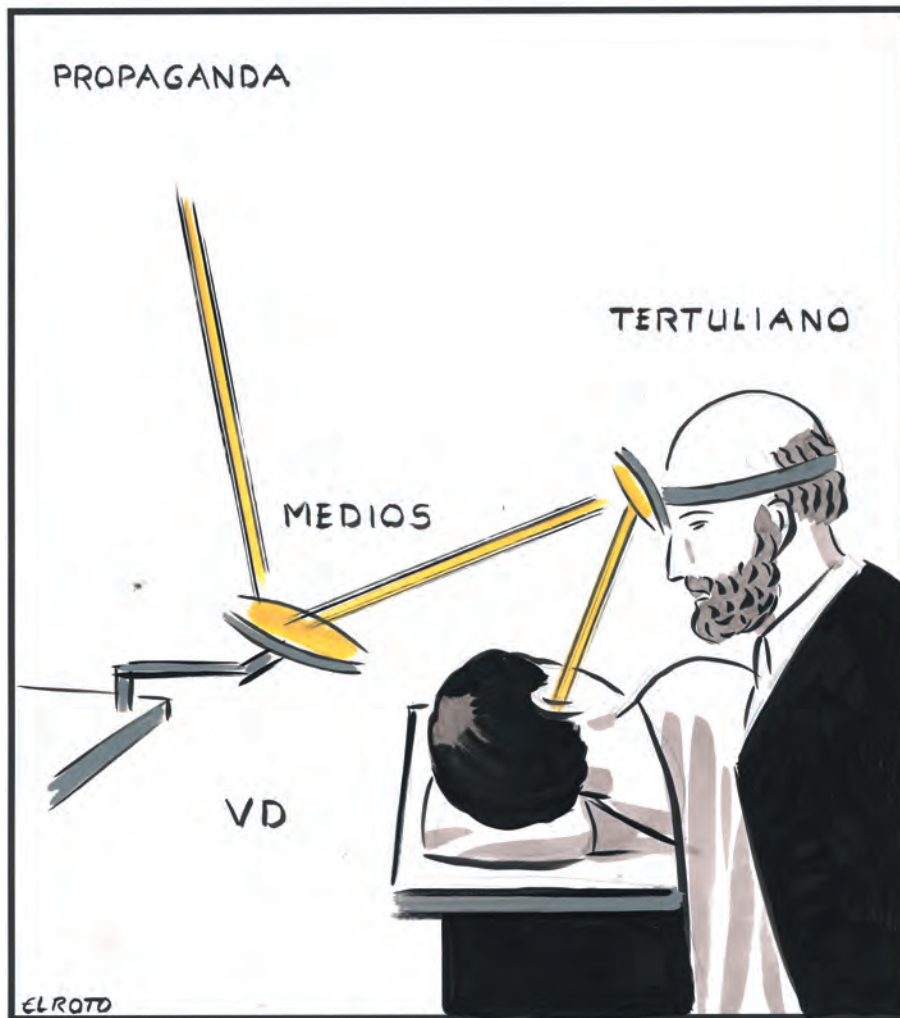




**CATÁLOGO
DE VIÑETAS**





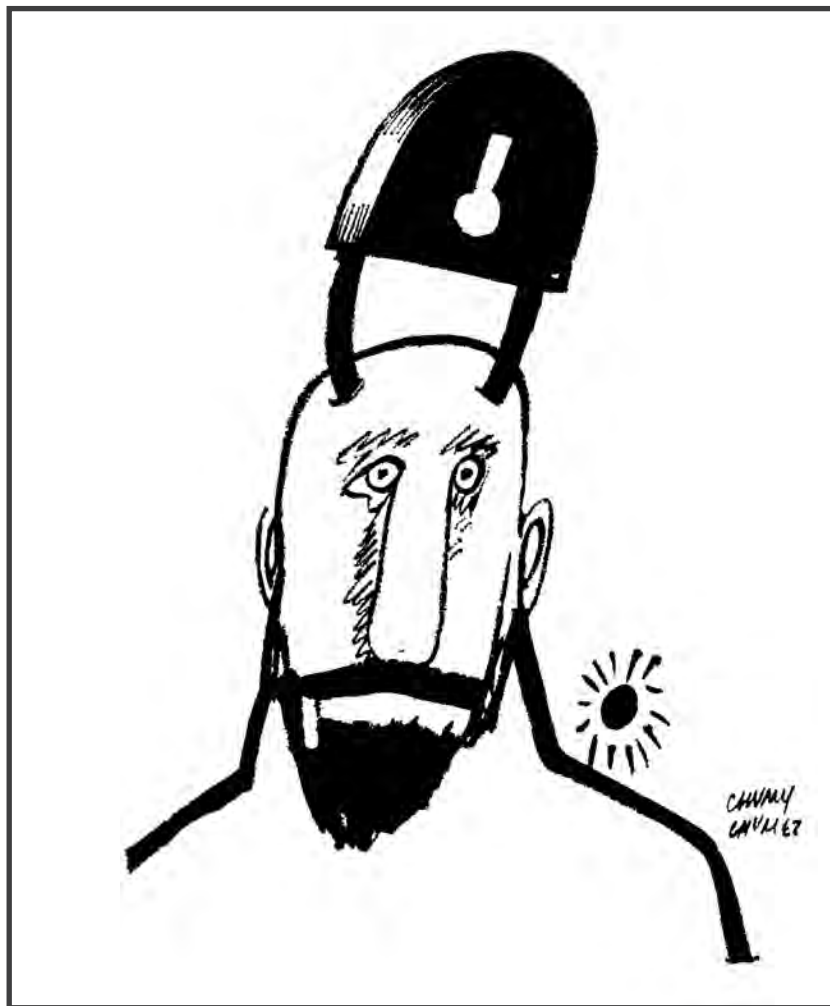










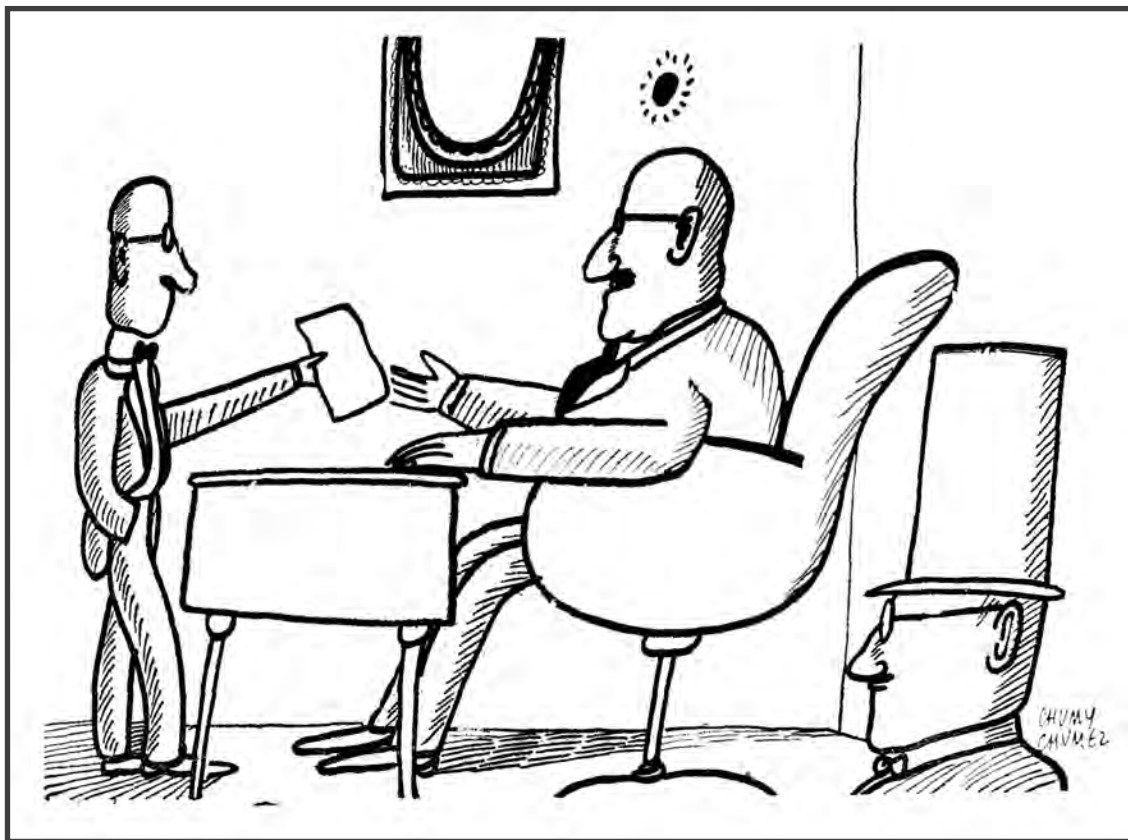




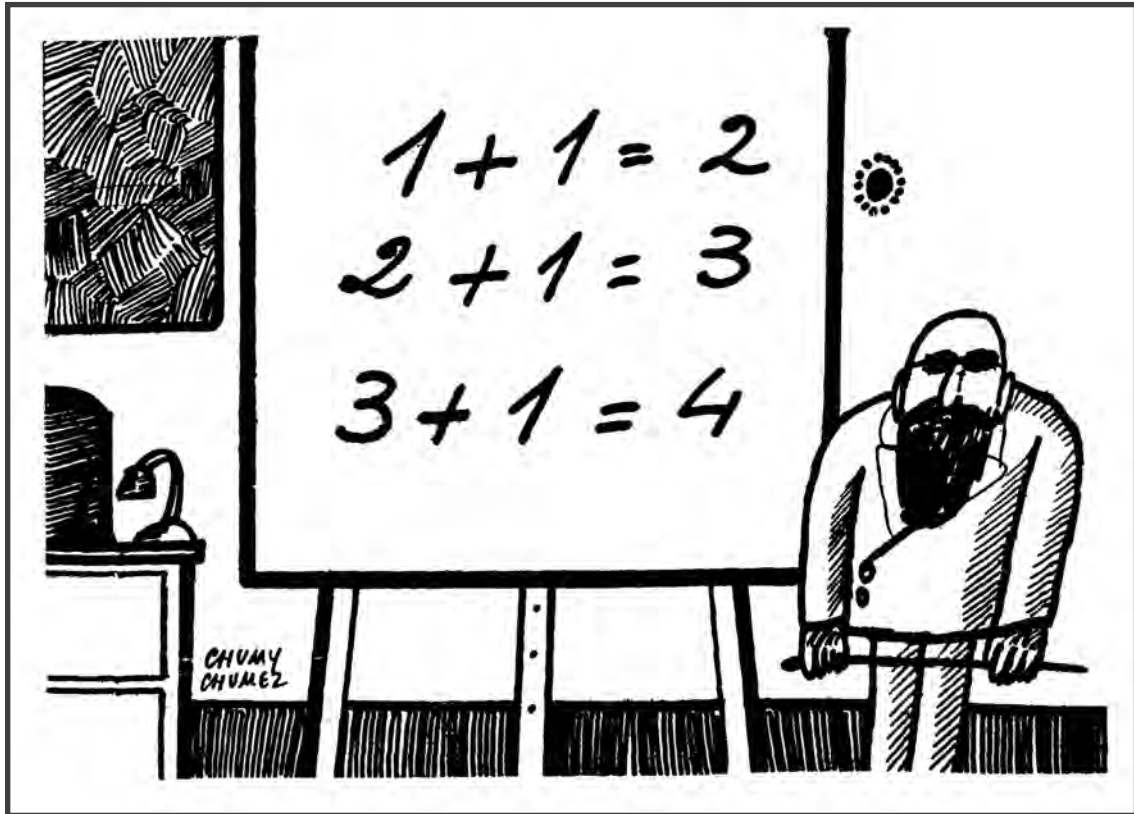
FINALIZADO EL RECUESTO DE LOS VOTOS, LOS PARTIDOS
RETIRARON LOS CARTELES PARA QUE NADIE RECORDASE
LAS PROMESAS.







—Y usted, cuando escribe, ¿por qué se calla todo lo que dice?



—Naturalmente, estos resultados pueden ser cambiados en caso de fuerza mayor o de deseo explícito de nuestros superiores.





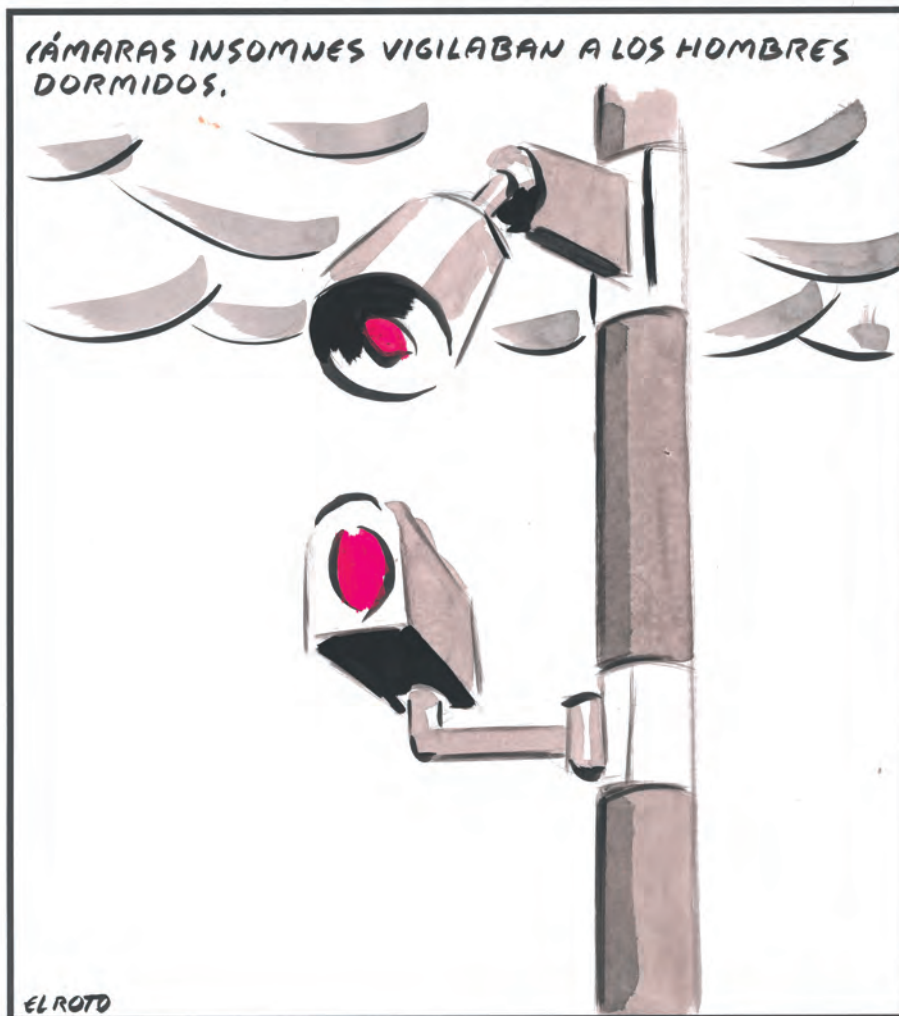
UN MUNDO FELIZ



ALIENACIÓN

Hoy no se me ocurre nada que me pueda prohibir la censura.











—No se prohíbe nada en concreto. Se prohíbe en términos generales.



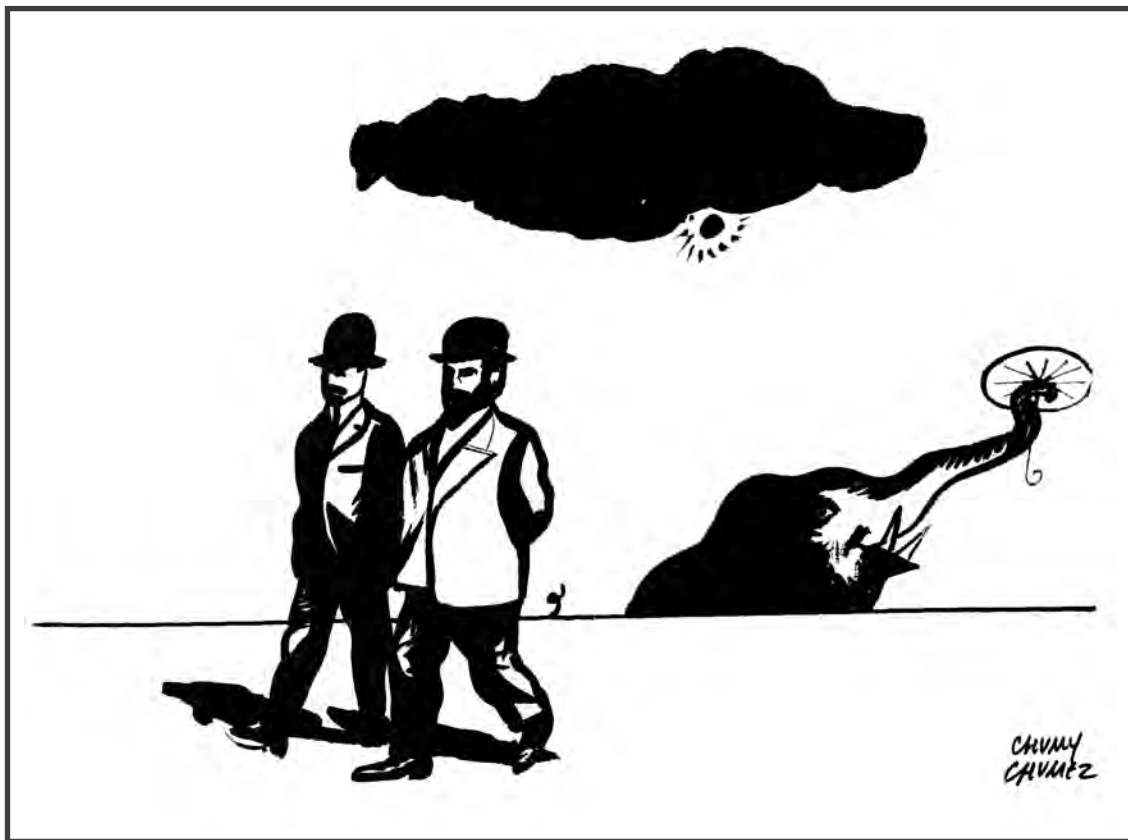




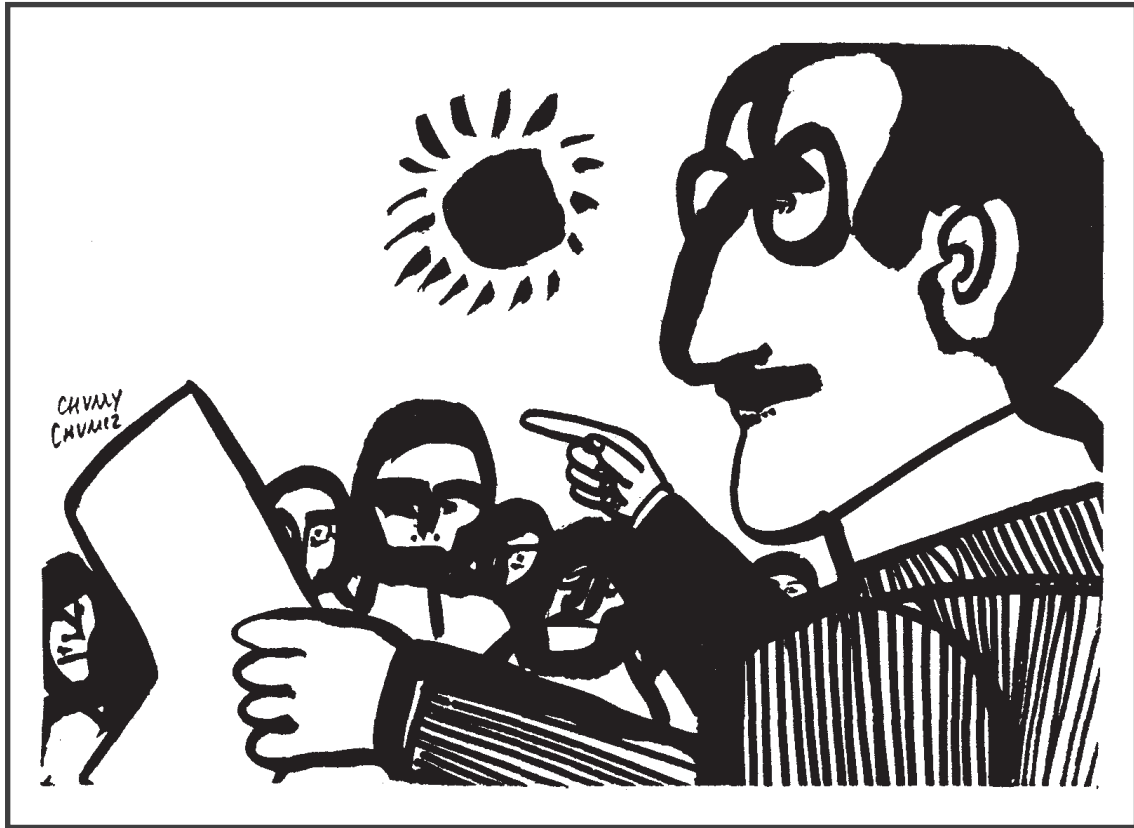




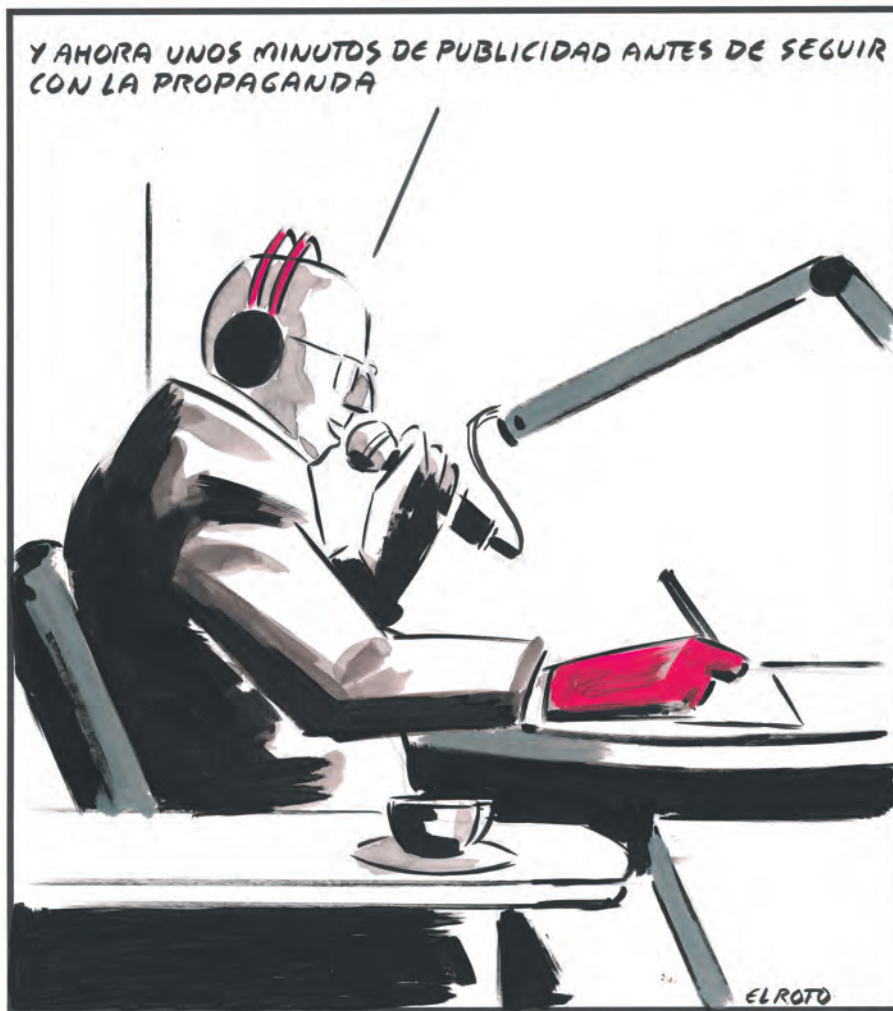




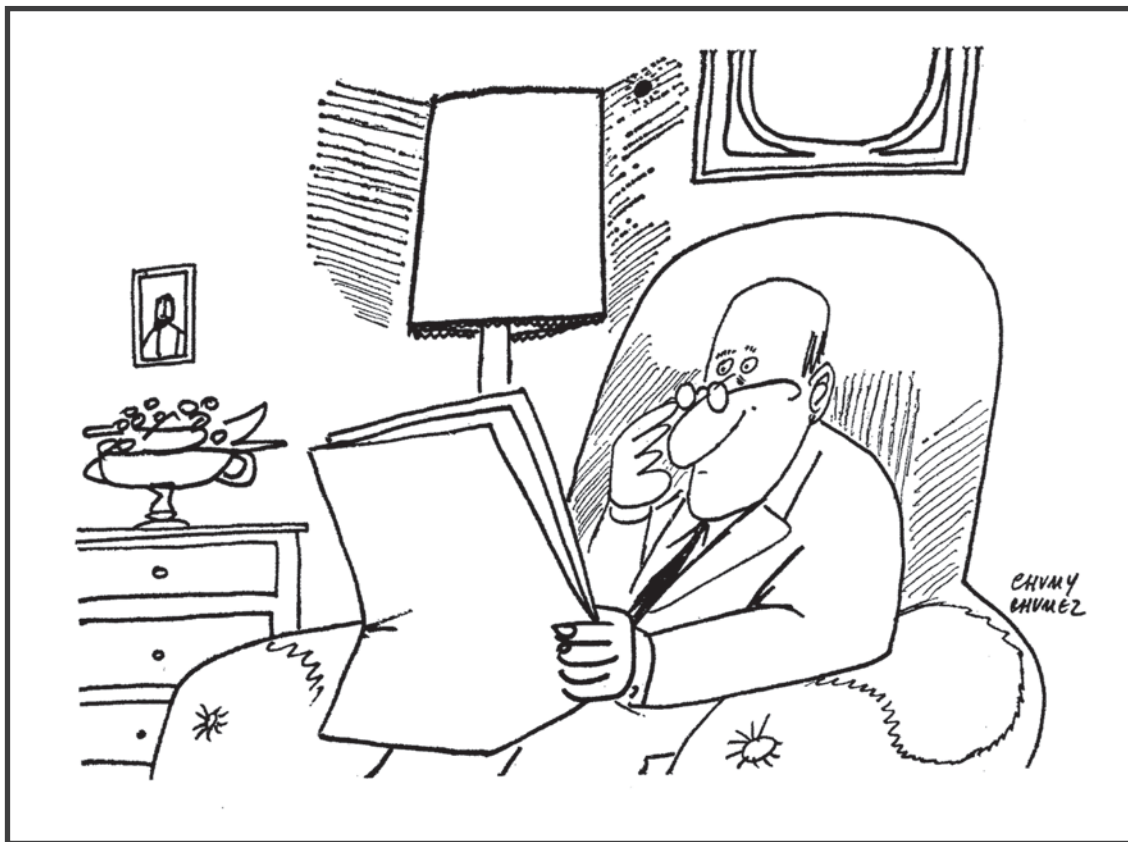
—Más que el cuarto poder, la Prensa es el cuarto querer y no poder.



—Aquí tienen ustedes la lista de los temas en los que pueden estar ligeramente disconformes.







—Vamos a ver qué tengo que imaginarme hoy.





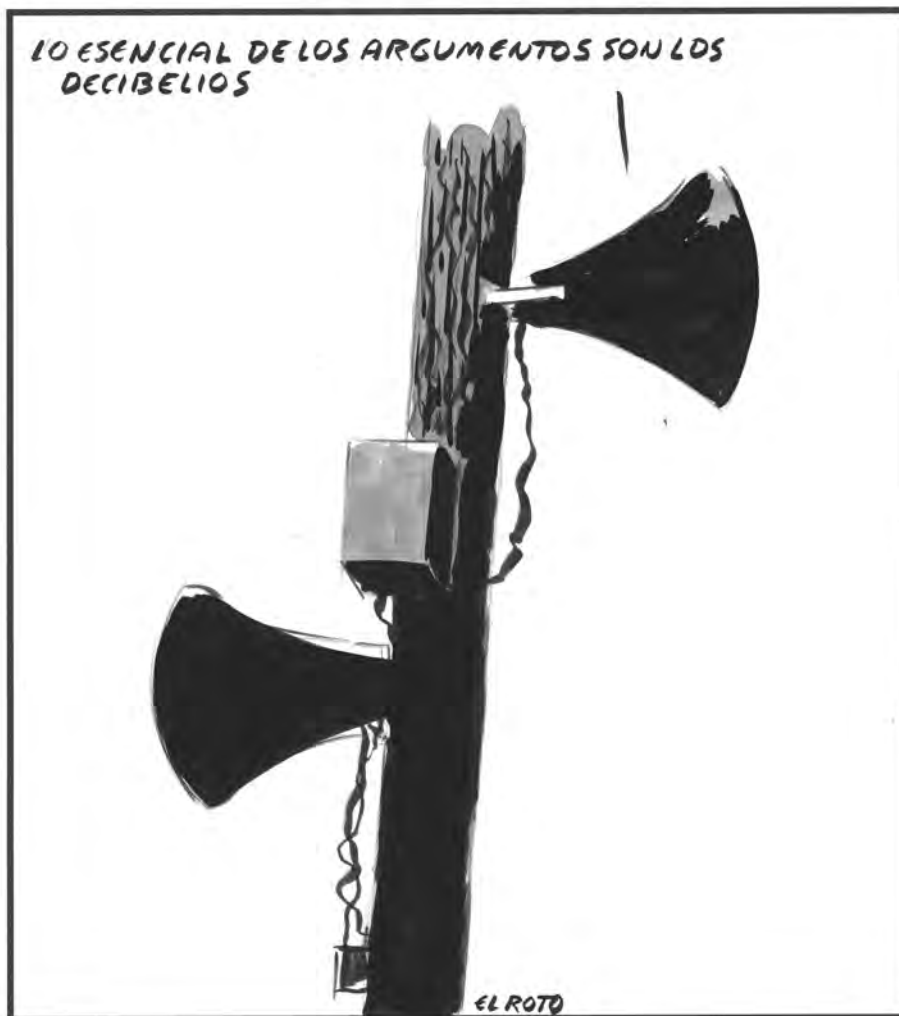


3 DE ABRIL DE 1971

CHUMY CHUMÉZ





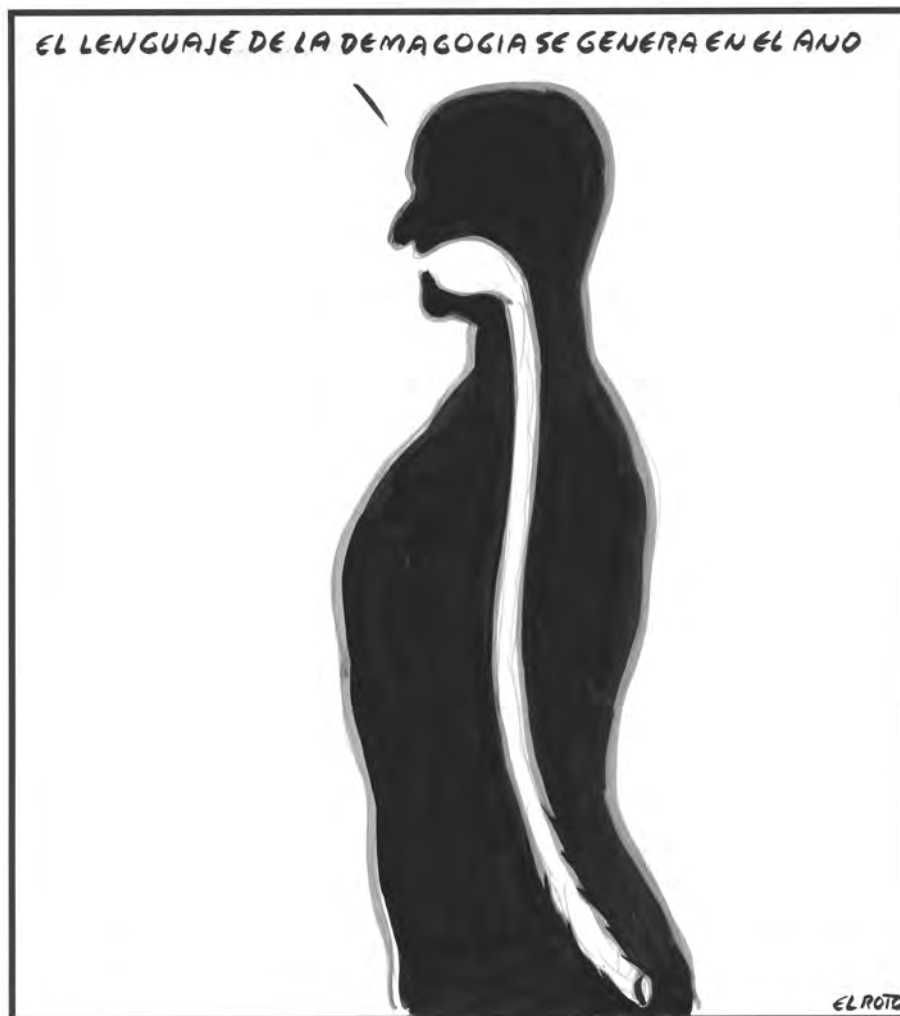
















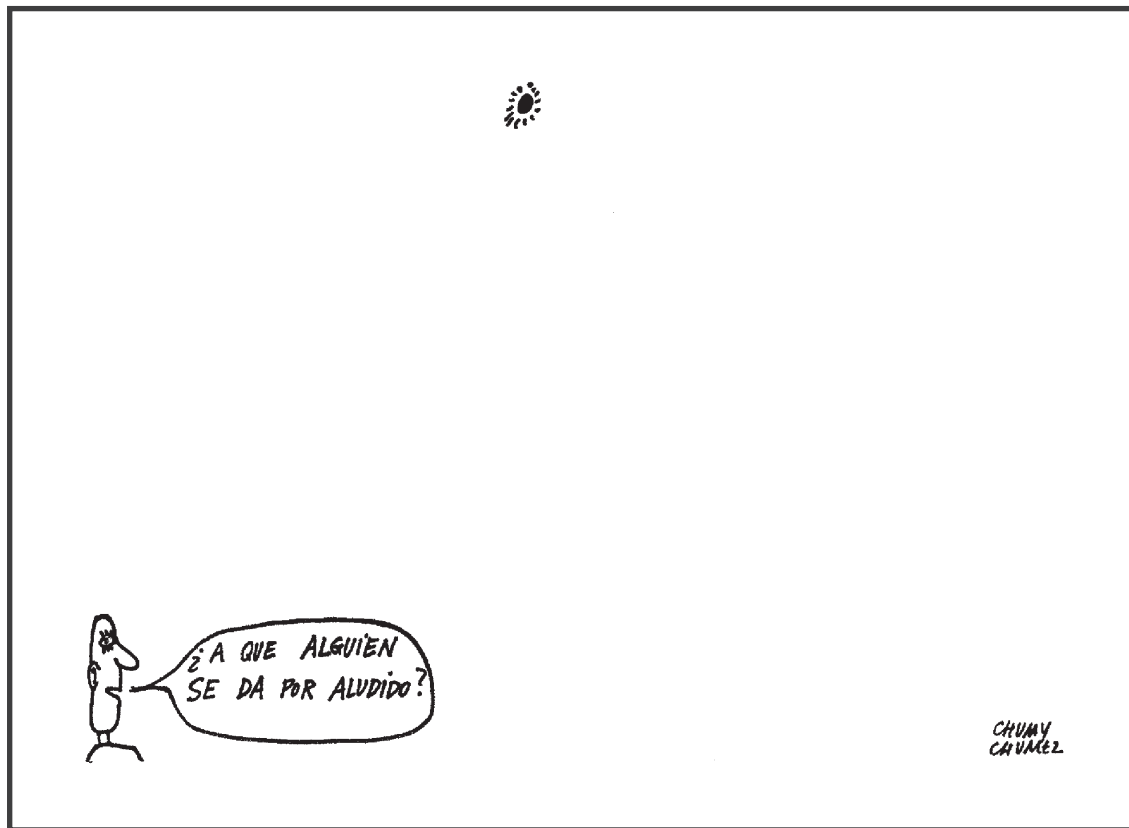
—Voy a enviar un guión en blanco a la censura a ver cuánto me quitan.







—¡En cuanto me dejen hablar, me van a oír!





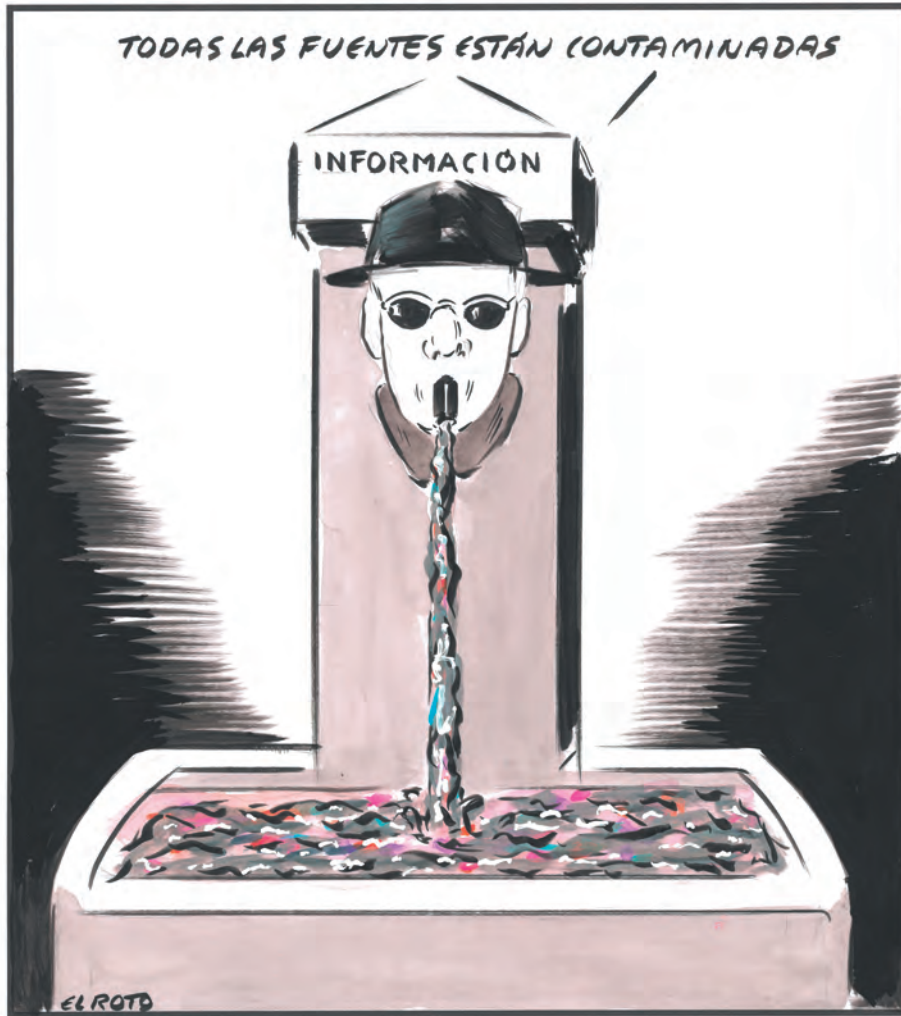


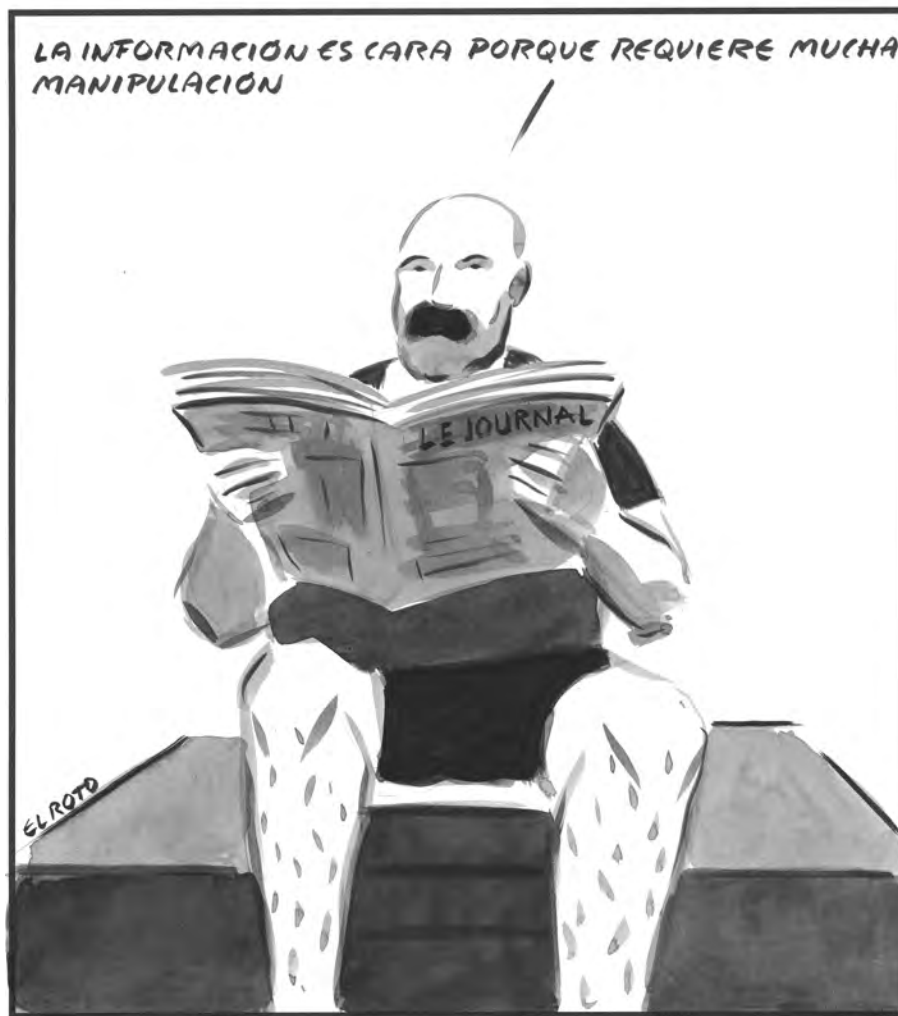


—Tiene usted una multa de cuarenta duros por no ser feliz.



—¡Ea! ¡Ea! No exagere. Con que nos dé la razón, basta.









EXPOSICIÓN

ORGANIZA

Fundación Diario Madrid
Asociación de Periodistas Europeos
Secretaría de Estado de
Memoria Democrática

COMISARIO

Juan de Oñate

AGRADECIMIENTOS

José-Vicente de Juan
Antonio Carrasco
Pepi Peralta

CATÁLOGO

EDITA

Fundación Diario Madrid
Asociación de Periodistas Europeos
Secretaría de Estado de
Memoria Democrática

COORDINA

Juan de Oñate

DISEÑO Y PRODUCCIÓN EDITORIAL

Exilio Gráfico

IMPRESIÓN

Gracel

© de la edición: Asociación de Periodistas Europeos, Fundación Diario Madrid
y Secretaría de Estado de Memoria Democrática, 2021

© de los textos y las ilustraciones: sus autores

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser
reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio,
ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia,
sin permiso previo del editor

ISBN: 978-84-09-35619-5

Depósito legal: M-32095-2021

Las publicaciones de la APE cuentan con la colaboración de



Este catálogo se publicó en Madrid
en el mes de noviembre de 2021
con motivo de la exposición
El Roto y Chumy Chúmez:
sobre la libertad de expresión,
dentro del programa de
conmemoraciones del 50
aniversario de la orden de
cierre del diario *Madrid*





Fundación Diario
Madrid 

Asociación de Periodistas  Europeos

